Carlos Real de Azúa, "Prólogo" a Gustavo Gallinal: *Crítica y arte. Tierra española. Visiones de Italia*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 124, Montevideo, 1967, pp. VII-XXIX.

PRÓLOGO

I

El trémolo de la indecisión juvenil, la gozosa actualización de las virtualidades múltiples de una personalidad rica y densa antes de que la vida encarrile indefectiblemente en un quehacer y un destino. Los ocios de un político militante. Los frutos de una gran vocación cohibida en su curso por los afanes de la lucha cívica y las responsabilidades del gobierno. En todos estos moldes — no totalmente inadecuados — podría alojarse la labor intelectual de Gustavo Gallinal.

Con todo, no es sin gran cautela que cabría acercar el caso Gallinal a los múltiples ejemplos de emprendimiento intelectual juvenil, disperso, incipiente, que nuestra historia cultural ofrece. No creo que pensara en él mismo, Gallinal, cuando, al principio de su treintena afirmaba que "la crónica de cualquier actividad intelectual en ambiente como el nuestro, quedaría mutilada e incomprensible cuando sólo fueran juzgados dignos de ella los artistas de labor continuada y madura. Casi todos valieron más que sus obras (...). El oficio de artista — pintor, poeta, escultor — suele ser cosa que dura lo que los inexpertos idealismos de la juventud".[1] Los treinta años que siguieron a este aserto prueban de modo por demás fehaciente que su autor, entre todas las compulsiones de la brega cívica, vio en las letras algo más que un devaneo prologal a "lo serio" de la vida y aun que, con singular persistencia, siempre trató de no desglosarse por completo de lo que constituyera la más sustancial ambición de sus primeras décadas.[2] Habría que agregar todavía que en el trance de ser legislador u hombre de Estado, Gallinal no se desinteresó (en actitud que no es inusual) de esta vertiente de su personalidad; la promoción, en 1929, de las "pensiones de estudio", su reiteración en 1943, de una "Junta de Intercambio Cultural", su contribución al "Archivo Artigas" señalan un especial empeño en logros que ante el crudo inmediatismo del ámbito parlamentario más podrían haber contribuido (lejana ya la dorada gratuidad del novecientos) a deprimir su calificación que a su justiprecio.

Una conferencia sobre "Bauzá, escritor", pronunciada en 1949, dio oportunidad a Gallinal para plantear a todo lo ancho ciertas coordenadas: la política devoradora, la cultura creada en los intervalos y respiros del combate, que también pueden valer, con ligeros y fáciles ajustes, por suyas. "En las sociedades, como en la sociedad uruguaya, durante todo el curso del siglo XIX había, para todo hombre de pensamiento, una obligación fundamental, a la que muy pocos podían escapar: la de ser ciudadano, la de actuar como ciudadano, y la de dispersar, pues, la mayor parte de las energías en los

---

[1] *Crítica y arte*. Montevideo. 1920, pág. 12.

[2] Aun las numerosas reelaboraciones de sus escritos — caso de los panoramas literarios de 1925 y 1930, sus estudios sobre Acuña de Figueroa y la poesía neoclásica, el *Parnaso* de Lira, etc., prueban que Gallinal, en la medida en que le era posible, nunca se desinteresó totalmente de tales investigaciones y planteos.

azares y las luchas de la vida política. La política era entonces, como hoy, una devoradora de actividades humanas y ejercía un imperio autoritario sobre los espíritus; y como consecuencia de ello, la mayoría de las grandes figuras intelectuales cruzaron por la vida, sin poder dejar tras de sí concretadas en una obra verdadera, las riquezas de su espíritu. Por eso (...) sorprende, muchas veces, la desproporción entre la riqueza espiritual que atesoraron y la obra cultural que dejaron incorporada al acervo intelectual de la nación (...). En el siglo XIX no tuvimos el sabio de gabinete sino una obra producida entre los azares de una actividad política devoradora. Ni dispusimos de centros de investigación, ni de institutos de enseñanza metódicos como los europeos: sólo contamos con el esfuerzo de quienes para trabajar y crear algo perdurable, debieron encontrarlo todo por sí mismos (...). El hombre de letras, como tal, no existió, o sólo existió como reflejo del hombre público. Por eso, cuando se trate de abarcar el panorama de la evolución espiritual del país, habrá que espigar detenidamente en las colecciones de diarios, en los anales parlamentarios, en las páginas de las efímeras revistas, y en documentos oficiales, aquella actividad producida entre la agitación y la improvisación, donde se volcó lo mejor del pensamiento del hombre de nuestras pasadas generaciones".[3]

Erróneo sería, empero, considerar en Gallinal tal desplazamiento de quehaceres bajo la perspectiva mortecina de una frustración. Nadie tan formado en el patrimonio clásico del pensamiento, como Gallinal lo estaba, puede considerar la gestión del bien común de la sociedad inferior a ninguna otra, aun contemplando entre las alternativas posibles los más ingentes, sólidos, frutos intelectuales. Y esto sin contar el sutil entrelazamiento cultural porque "cosa sagrada es el arte; pero afianzar la libertad, realizar la justicia social ¿no es contribuir a echar firmes y profundos los cimientos del arte futuro?"[4]

II

Probablemente Gallinal no puso demasiada fe en el procedimiento de colección del que la mayoría de sus obras resultan. Alguna vez se preguntó: "¿Hay tarea que reserve mayores decepciones que la recolección de artículos periodísticos para formar con ellos libros?"[5] Sin embargo, del mero y más despegado tránsito por los suyos, Gallinal emerge como uno de los escritores mejor dotados de un ancho sector de nuestro ayer literario. En condición de superviniente al mayor prosista del novecientos, la frase ondulosa, la sintaxis impecable, el grave adensamiento del tono de Rodó atenúan en él su distancia y su frecuente monotonía con una calidez, una energía y unos quiebres de ritmo que solieron faltar más de lo debido en su predecesor y maestro. No en balde, como recordó Montero Bustamante, se le consideró en su tiempo uno de los posibles sucesores — y el que más títulos tenía para serlo — de la "pluma de oro" del autor de "Ariel".[6] Poeta pudoroso,[7] cuentista,[8] dialoguista,[9] "miniaturista" al

---

[3] De un recorte del diario *El País*, de 1949, resumen de la conferencia *Bauzá, escritor*. Por la misma índole del texto no pueden considerarse palabras enteramente textuales del conferencista.

[4] *Crítica y arte*, págs. 23-24.

[5] Prólogo a *Nuevo Mosaico Poético*, de Francisco Acuña de Figueroa. Montevideo, Claudio García y Cía., 1944, pág. XLII.

[6] En *Revista Nacional,* T. LVII, año XVI, enero de 1953, Nº 169, pág. 6.

[7] Hay composiciones suyas en *EL Parnaso uruguayo,* de Antonia Artucio Ferreira, Barcelona, Maucci, 1922, págs. 275- 276: *La fuente escondida* **y** *La muerte de Héctor,* en *Exposición de la poesía uruguaya,* de Julio J. Casal, Buenos Aires**,** Claridad, 1940, pág. 666: *Romance de La vida y el deseo* **y**

modo azoriniano[10] según influencia que no dejó de señalársele,[11] es, sin embargo, en la prosa histórica, crítica y descriptiva en la que hay que buscar el pleno perfil de Gallinal como escritor y la que marca con más soltura, mayor autenticidad, sus modalidades y ubicación literaria.

Tal ubicación no es embarazosa de determinar: Gallinal se sitúa en el tornasol estilístico y afectivo (indeciso como lo son siempre los tornasoles) que lleva desde un modernismo puntual a lo que, a falta de término mejor, la historia literaria designa como el post-modernismo latinoamericano. Un rótulo infeliz, sin duda, pero que desde México hasta la Argentina, desde Enrique González Martínez hasta Enrique Banchs —para manejar dos nombres considerables— se plenificó con rasgos estilísticos, con metas expresivas bastante coherentes. Digamos: una baja general de fuegos, una voluntad persistente por lo íntimo, lo despojado y lo sobrio, un desdén militante por el floripón y la fanfarria mundonovista, un gusto y hasta una afectación muy común por lo simple, lo cándido, lo primitivo, un escaparse por el matiz, la penumbra y el claroscuro de las monótonas estridencias lumínicas. El Gallinal más voluntariamente "escritor" se movió entre estos dos polos, ya que se pueden señalar en él tanto netas supervivencias de los modos prosísticos del modernismo desde "Tierra Española" (1914) hasta "Hermano Lobo" (1928),[12] como el rechazo, general en las sensibilidades más despiertas de su generación, a las "pedrerías falsas y profusos abalorios del modernismo preciosista y su poesía de orífices, propensa a la sutileza y al alambicamiento".[13]

Recordar que también esta ambigüedad se despliega en el caso de Rodó y lleva de modo espontáneo al registro de la importancia que la persona, la obra y el ejemplo suyos tuvieron en nuestro autor. En el presente volumen se incluye la espléndida conferencia que Gallinal pronunciara el mismo año de la muerte del "maestro de la juventud de América", un texto en verdad de desusado equilibrio y rara perspicacia si se le contrasta, especialmente, con la descomedida hojarasca apologística que aquel deceso provocó. Otro volumen de esta colección de "Clásicos uruguayos" recogerá la labor hasta hoy dispersa con que Gallinal prolongó en diarios y revistas el tema, permanente para él, de Rodó. Desde ya, empero, puede apuntarse que el prosista de "Crítica y arte" se movió en un sereno quicio de discriminación entre la corriente de hostilidad y hasta destemplanza que abrieron, entre 1918 y 1920, las revisiones de Zum Felde y Lasplaces y un ritualismo celebratorio que desde ministerios, liceos y grupos cívicos persistió en suponer viva y actual esa zona, sin duda la más caduca de las rodonianas, que es la de la "prédica" y el "mensaje".

---

en *Interpretaciones,* de Mario Falcao Espalter, Montevideo, Librería A. Monteverde, 1929, págs. 296-297: *San Juan de La Cruz*.

[8] *El daño*, *La lámpara maravillosa* y *La muerte del caudillo*, en *Hermano Lobo y otras prosas*, Montevideo, 1928.

[9] *Coloquio de las estatuas*, *Hermano Lobo* y *Misterio franciscano*, en el volumen del mismo nombre; *Oratoria parlamentaria*, en *Letras uruguayas*, París, Casa Editorial Franco- Ibero-americana, 1928.

[10] La serie de *Miniaturas*, en *Hermano Lobo*.

[11] Alberto Zum Felde, en *La Pluma*, Montevideo, Nº 7, en oportunidad de la aparición de *Hermano Lobo*.

[12] Donde aparecen señas tan evidentes como los paisajes "vestidos de hermosura galilea". También el elogio del pasaje final de *Motivos de Proteo*, uno de los ejercicios más característicamente modernistas de Rodó, en *Crítica y arte*, págs. 101-102, o el encomio del impresionismo, idem, pág. 104.

[13] En *Letras uruguayas*, págs. 183 y 221.

Pero no sería cabalmente explicable esta persistencia del tema Rodó en Gallinal si Rodó, además, refractado a través de reiterados enfoques y relecturas, no hubiera ido representando verdaderos hitos de su trayectoria espiritual, instancias capitales de sucesivas tomas de conciencia personal, de su circunstancia, de sus metas íntimas y del prospecto social. Rodó fue, entonces, la siempre transportada piedra de toque en una experiencia espiritual que va desde el idealismo optimista de la primera preguerra a los tiempos conflictivos de la última década de su existencia y su descarnada percepción de hombre maduro del remotismo e insustancialidad de ciertos módulos de "idealismo" que habían imantado sus años de mocedad.[14]

III

Pocos renglones más arriba me refería a la salida de la artificiosidad modernista (aunque algún escéptico subrayará que también era una artificiosidad con una vuelta más de tuerca) que representaron el culto y el gusto por lo arcaico y lo ingenuo. "Hermano asno" (1920), del chileno Eduardo Barrios, es, probablemente, [el ejemplo] más directo y eficaz de esta proclividad que ya había teorizado Manuel Díaz Rodríguez, el mayor prosista modernista después de Rodó, en su "Camino de Perfección". No es fácil de diagnosticar la actitud de Gailinal ante esta dirección que, por una parte, rechaza en dos ocasiones bajo los términos explícitos — sino sinonímicos — de "primitivismo" y "arcaísmo".[15] Pero el más somero examen de las prosas de "Hermano Lobo" o textos como "La Dama de San Juan", en "Crítica y arte", deduce con certeza la afinidad del autor con una zona literario-poética (temática, intelectual, afectiva) que prestigiaban por esos tiempos la poesía de los franceses Louis Le Cardonnel y Francis Jammes y, en especial, la obra biográfica y evocativa del danés Jörgensen. No creo erróneo designarla "franciscanismo", por mucho que en Gallinal, concretamente, no se ciñera al estricto campo de la orden fundada por el "poverello" de Asís y pudiera soportar también, por su devoción al santo del "Cántico espiritual", el calificativo de "carmelitana". Se trata, en suma, de una modalidad expresiva al mismo tiempo religiosa y estética, que entronca con una rica tradición místico-contemplativa y la reinterpreta, en términos propicios a la sensibilidad de nuestro siglo, la traduce, por así decirlo, en líneas de simplicidad y despojamiento radicales, la internaliza en cierto tono de meditación nemorosa y melancólica. Queda a una fácil

---

[14] Gallinal fue también fiel a ciertas modalidades de estilo muy reiteradas en Rodó: el uso de la forma pronominal enclítica, el adjetivo invariablemente antepuesto, el gusto por la parábola (caso de *Posibilidades*, en *Hermano Lobo*), ciertos énfasis superlativos del tipo de "pradera florentísima" (*Crítica y arte*, pág. 116). Más importancia poseen todavía las reiteraciones conceptuales e ideológicas de la mentalidad rodoniana que aparecen en las obras de Gallinal en 1914 y 1928: "la raza", mentando cualquier grupo paico-biológico diferenciando, si bien ello representa uso común en su tiempo (*Tierra española*, Barcelona, viuda de Luis Tasso, 1914, pág. 96 "et passim"). También la creencia en un "mundo interior" reificado (*Crítica y arte,* pág. 295), el desdén por "lo vulgar" — que tan certeramente ya enrostrara Unamuno a Rodó (idem, pág. 146 y 174), el uso indiscriminado y laudatorio del termino "ideal" (idem. págs. 24, 142, 144), la "impecable aristocracia" de algún personaje *(Letras uruguayas*, pág. 83), la concepción hedonística de la vida espiritual en "las voluptuosidades de la mirada y del pensamiento" (*Crítica y arte*, pág. 39).

[15] En *Crítica y arte*, pág. 235; en *Letras uruguayas*, pág. 56.

tarea de precisión el distingo entre esta veta y el "arcaísmo" y "primitivismo" que Gallinal rechazaba.[16]

Pienso que en este punto se está tocando esa clave radical, ese primario enfrentamiento con el mundo (y la sedimentación que el mundo sobre el espíritu va produciendo) que constituye lo más íntimo de la actitud de un artista — se articule o no en palabras — y representa la vía absolutamente insustituible para su comprensión honda y total. En sus páginas más sueltas, más personales, más estrictamente poéticas, Gallinal se nos da siempre en un gesto de recogimiento pensativo, de entrañada contemplación, de ensoñación elegíaca aunque firme, varonil, sin delicuescencia. Recórranse como prueba de mi aserto "El tesoro de los reyes magos", ciertos pasajes de "Tierra española", impresiones de campo y de mar en "Crítica y arte", la reflexión sobre la fugacidad del hombre y el esplendor del mundo en "Hermano Lobo", los varios registros del agro criollo en el mismo libro.[17] Allí está el yo profundo en estado naciente; allí se desnuda el alma.

Formado en una inquebrantable ortodoxia familiar, Gallinal representó en su generación uno de los intelectuales católicos más en vista si bien, por decisión madura, sin vueltas, político activo desde entonces, no militara en el sector confesional que congregó a algunos de sus correligionarios más destacados. Y aunque los libros que manejamos de él no agoten, ni mucho menos, este aspecto de su definición personal, lo anteriormente apuntado tienta a marcar qué modalidad asumió en nuestro medio y hacia las primeras décadas del siglo una persistencia religiosa que el ambiente no hacía demasiado fácil. Digamos, para comenzar (lo que volvería a acercárnoslo a la figura de Rodó), de una reiterada identificación de la fe religiosa con la "idealidad", el "ideal" y las "lontananzas ideales". Una noción en la que se aúnan lo normativo y lo sustantivo, dotados ambos de trascendencia a lo psíquico y lo terreno y, por ello, autosuficientes, oficia, así, de núcleo óntico de la actitud religiosa, o representa, por lo menos, el modo en que se articula ante la conciencia clara. Agreguemos, tras esto, ese movimiento de concentración intimista hacia los más hondos "adentros" de lo personal, concebido en ocasiones como primer momento dialéctico de un esfuerzo por la identificación con la trascendencia, de un "anhelo místico insaciable", de una huida de "las cosas del mundo", de "la brutal realidad del mundo".[18] Pienso que el franciscanismo a que aludía cierra el círculo apacible y poco problemático de su religiosidad: humildad, fraternidad, amor, son los "valores cándidos" que se desprenden espontáneamente de él y también los que el autor parece haber acogido con preferencia a otros varios y posibles.

Y no es por azar que se registra este matiz. Católico, artista e hispanizante, Gallinal — si nos atenemos a sus notas de viaje — se nos presenta saludablemente inmune al decorativismo religioso que grava tan pesadamente las expresiones colectivas de la fe española: atiéndase la peculiar entonación de su visión de la semana santa sevillana en "Tierra española" y la reiteración del tema en "La Dama de San Juan". Y en el final de sus páginas sobre Santiago de Compostela, hágase lo mismo con el visible desapego del cristiano modernizador ante una práctica religiosa funcionalizada a ejercicio compensatorio de la miseria y la compulsión sociales.

---

[16] Alusiones al "primitivismo" y el "arcaismo" en *Crítica y arte*, págs. 48, 117 y 121, en *Letras uruguayas*, pág. 196.
[17] *Hermano Lobo...*, págs. 119, 131, 139-140, 160-161.
[18] En *Crítica y arte*, págs. 51, 113 y 133.

IV

Matices, reitero. Aspectos que sólo en el período último de su vida asumirían una considerable significación. El Gallinal de estos libros es un hombre que se vuelve hacia un pasado denso y complejo en busca de sugestiones, raíces y enseñanzas y lo hace, como es natural que lo haga, con ese gesto de simpatía, de identificación comprensiva que es tan indesglosable de un "sentido histórico" cabal. Se habló tempranamente de su "hispanismo", que le inspirara un interesante trabajo sobre la presencia de esta veta en la literatura uruguaya; Carlos Roxlo, ya en 1915, registraba que "amante de su raza, estirpe y apellido, el autor no le pide novedad ni hermosura a lo transpirenaico".[19] Simplismo peligroso, ya que se pudiera afirmar con copia de razones que Gallinal estuvo muy lejos de cualquier modalidad de casticismo agresivo y reaccionario y en las lindas páginas de su vuelta al solar familiar de San Andrés de Bedriñana, henchido a pleno pulmón de gozosa percepción de una continuidad de la cultura y de la sangre, ya se esforzó en distinguir un "culto bien comprendido de esa tradición cultural española",[20] de otros que, aun entonces, debieron de parecerle menos positivos.

No sé, en cambio, que se haya marcado su peculiar "medioevalismo", a mi juicio más importante que el trazo filiatorio anterior, una afinidad por la "edad enorme y delicada" que se expide vehementemente en su trabajo sobre Dante. Siendo tantas como lo son las versiones de los siglos medios, paga la pena precisar que esa afinidad se dio en Gallinal con la dimensión religiosa, ciudadana y popular que tuvo en Italia tan fuerte foco de irradiación y armonizó — así sin duda lo pensaba — vitalidad y variedad sociales con esa sustentadora unidad de cultura tan antagónica [de] la "dispersión espiritual de la época moderna".[21]

Hispanismo y medioevalismo forman probablemente la trama inspiradora dominante de las dos unidades de registro europeo que este volumen recoge: la de "Tierra española" y las "Visiones de Italia", en "Crítica y arte". Gallinal, tras recibirse de abogado, realizó su "grand tour" transatlántica entre 1912 y 1914, años que debieron representar una instancia céntrica en su formación personal y en su experiencia de escritor. Una experiencia y una formación de la que las páginas éditas a que hago referencia sólo vierten, sin duda, una ínfima porción. La historia de la literatura de viajes, desde Marco Polo hasta hoy, es la de un progresivo estrechamiento de su temática, de un adelgazamiento de su materia, que va pasando, a grandes lotes, al dominio mostrenco de la mera información a medida que el proceso de comunicación de los pueblos se hace más denso y fluido. Los puntos que tratara Sarmiento en sus conocidos viajes son infinitamente más numerosos que aquellos sobre los que pudo trabajar Rodó en las correspondencias reunidas en "El camino de Paros". Cada vez hay más cosas en el nivel de lo mero sabido y el escaso caudal de textos viajeros que nuestra literatura contiene: las "Impresiones de viaje en Europa y América", de José Pedro Varela, las "Memorias", de Mariano Ferreira, "Resonancias del camino", de Zorrilla, "Desde Washington", de Herrera, la ya citada colección de Rodó, ratifica ese que llamo proceso de adelgazamiento. Supongo que Gallinal, fiel a una línea firme y simple de atención y de sensibilidad, optó por concluir, por pulir, solamente aquellos

---

[19] *Historia crítica de la literatura uruguaya,* T. VI, Montevideo, 1915, pág. 295.
[20] *Crítica y arte*, pág. 32.
[21] Idem, pág. 238.

materiales (de los muchos que debió pergeñar) vinculados con el "peregrinaje a las fuentes" de su vocación de historiador, de artista y de cristiano. El resultado es digno, aunque, a ratos, el lector pueda experimentar la desazón de recorrer un enorme edificio vacío de toda presencia viva, humana. La sensación, empero, no pasa de ahí ni llega a la perplejidad o la asfixia: detrás del moroso registro arqueológico no faltan las alusiones a la Italia vital y progresiva de 1912 y 1913 ni las ácidas ojeadas a la miseria y decrepitud de la zona céntrica de España.[22] No andaba lejos de sus pasos aquel Antonio Machado que, por esos mismos años, cantara a la "Castilla miserable, ayer dominadora", que "envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora". En cambio, es inevitable observar que no guardan la misma proporción entre la atención simpática al pasado y la percepción del hirviente hoy, cierta inferencia extraída en los aledaños de Roma: era el respeto al ayer y no el latifundio el que mantenía "campos de soledad, mustios collados," los que fueran escenarios del borrado esplendor antiguo.

V

Con todo, fueron el equilibrio, la moderación, la conciliación de los contrastes los rasgos más persistentes de la personalidad intelectual y política de Gallinal. Nacionalista, cristiano, liberal, las tres cosas (valga la bárbara abreviatura) lo fue de modo pleno. En las páginas de prospecto a la "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay" tuvo oportunidad de acogerse, como a una sombra propicia, a la tradición del esfuerzo por superar toda pasión banderiza que el fundador del Instituto, Andrés Lamas, tres cuartos de siglo antes, había propuesto.[23] El examen de su crítica y estudio literario nos mostrará qué consecuencias tuvo en ellos esta central proclividad. Y si al nivel político se alude, en uno de los grandes discursos parlamentarios de su última época, invocaba haber nacido, por así decirlo, con este talante, que nuestro vocabulario cívico identificaba bajo los rótulos de "coparticipación" y "tolerancia". No otro sentido cobró, en esa ocasión, la evocación de su padre, soldado de Jerónimo de Amilivia, empuñando el fusil junto a Teófilo Daniel Gil, uno de los caídos de la jornada, y a José Batlle y Ordóñez, en la mañana de los Palmares de Quebracho.[24]

Es difícil, en verdad, no ver que esta dirección de su carácter y su obra hace de Gallinal un personaje y un escritor altamente representativo de ese período excepcional de integración y consenso colectivos, como fue, probablemente, el que delimitan los años 1918 y 1933, en que se cumplió lo mejor de su obra. Nunca, de seguro, el Uruguay resultó en grado tan cabal el país de las cercanías (como alguna vez lo he llamado), nunca las metas perseguidas por los sectores dirigentes y la masa fueron tan concordes y tan angosto el inevitable espectro entre sus extremos más difícilmente conciliables. Raíces muy largas tiene, por otra parte, el armonismo en la cultura latinoamericana y alguna tinta ha corrido ya en torno a esta cuestión. Pero, sin necesidad de ensanchar demasiado nuestra referencia, basta recordar que el propósito armonista, la aspiración a superar todas las antítesis en una conciliación por lo menos formularia, convincente, constituye uno de los rasgos más característicos de ese Rodó cuyo temperamento intelectual, temática, lenguaje, tanta influencia ejercieron sobre Gallinal.

La atención a los rubros fundamentales de su ideología se hace inexcusable

---

[22] Idem, págs. 40, 42, 107, 147; *Tierra española*, págs. 60-61.
[23] *Revista del Instituto...*, Montevideo, 1920, T. 1, Nº 1, págs. 7-8.
[24] En diario *El Plata*, 1943.

cuando de un crítico y ensayista se trata y la mención inmediatamente anterior a Rodó sirve para remitir a su básico liberalismo, a su ideal de una "democracia culta" el área correspondiente del pensamiento de Gallinal.[25] Pero la proyección de la existencia de éste hacia tiempos que exigieron las opciones más tajantes, más radicales, permiten subrayar en nuestro autor una fidelidad sin quebrantos a esa línea que en otros contemporáneos suyos zigzagueó en escepticismos y veleidades. Con equidad y mesura realizó la crítica de las doctrinas de su compatriota Adolfo Agorio (el artículo está incluido en "Letras uruguayas"); con equidad y mesura se atuvo a esta persistencia, que en él mucho pareció tener de visceral y que los acontecimientos del país y del mundo no hicieron más que robustecer.

Sin desconocer los defectos, las manquedades, las corruptelas del sistema al que adhería y en el que laboró, su experiencia de político militante le dictó, en los años de la cuarta década, páginas de aguda reflexión sobre la vida interna de los partidos, el ámbito parlamentario, el legislador, los grupos, las presiones y, en fin, todo lo que engloba la noción de "proceso político". Son textos de un sagaz, cauto optimismo y esta afirmación es aplicable tanto a la nota sobre el doctor Maldonado, incluida en el presente volumen, como al diálogo "Oratoria parlamentaria" que obra en "Letras uruguayas" y no tiene similar, de seguro, en nuestras letras.

Liberalismo-conservador, en suma, y en esta forma podría abreviarse, no sin hacer notar que el segundo de los elementos de ese par ideológico (ya por entonces pleonástico) es, por lo general, más tenue que en otros opositores de su tiempo. Y sólo por explícito designio de identificación encomiástica es tal vez que recordara, ante la tumba recién abierta de Carlos Roxlo, que en éste el anhelo de justicia no había "revestido formas de utopía" ni se había "manchado con impuros halagos a las masas populares".[26]

VI

Como todo intelectual de nación y continente marginales, el autor de "Crítica y arte" no estaba en el caso de soslayar la formalización de una actitud, de una postura normativa ante los requerimientos y disyuntivas que la labor cultural, en tales ámbitos, plantea. Sobre "nacionalismo", "localismo", "criollismo", "universalismo" y "cosmopolitismo" todo escritor latinoamericano, cual más, cual menos, ha dicho su palabra, y Gallinal no constituye por cierto una excepción a la regla ni sus principios una detonante discordia en materia que, por otra parte, no tolera sino un registro relativamente limitado de opciones.

En sentido de la tradición — tradición viva — y acogimiento a lo nuevo — "apertura", para mencionar un término al uso — podría ceñirse sintéticamente su rumbo.[27] Un rumbo, así, que como es regular, procura integrar dialécticamente una contradicción original de extrema y posible contundencia. Por un lado: autenticidad, capacidad de "residencia", en suma, no sólo sobre la capa tenue del presente sino

---

[25] Vgr. las referencias de *Letras uruguayas* sobre arte y "*democracia igualitaria*" y sobre que "*un pueblo debe ser juzgado por sus minorías elegidas y no por sus espesas y confusas mayorías*" (pág. 184); sus ideas sobre la fuente de la legitimidad: "ni *la fuerza* ni *la mayoría* sino *una autoridad espiritual*" (Idem, pág. 141).
[26] En *Letras uruguayas*, pág. 157.
[27] Vgr. en el final de su artículo sobre *La profecía de Ezequiel*, inserto en *Letras uruguayas*, pág. 131.

haciéndose esa conciencia histórica que establece "la distancia que hay de una colectividad de ciudadanos a una muchedumbre desarraigada y fenicia, a una multitud sin ayer aglutinada en un mercado populoso y proficuo".[28] A propósito de "El Viejo Pancho" no se desvinculó, por cierto, de aquellos que habían saludado su obra "con patriótico entusiasmo" por todo lo que consideraban que ella rescataba de nuestras primitivas "costumbres originales y sencillas", nuestras "santas tradiciones".[29] En las páginas de prospecto a la ya citada revista del Instituto, subrayó el mal implícito en una tradición "histórica falsa" y el peligro de que ella trabe "el surgimiento de nuevos manantiales de acción".[30] Todo concurre, entonces, a lo que puede designarse como un nacionalismo amplio de índole histórico-cultural, que él concebía, como es obvio, más comprensivo que un estrecho aldeanismo entendido como "confinamiento en los términos de la heredad propia" y, muy discutiblemente, más amplio también que el "criollismo",[31] con lo que descartaba el sentido genéricamente iberoamericano, trans-nacional, que a este movimiento solió conferírsele. En los artículos de "Letras uruguayas" dedicados a la poesía de Ipuche y de Oribe pareció identificarse también su autor con la querencia de una poesía, propia aunque empinada hasta lo universal — que tal es lo que el "nativismo", al menos como programa, representó —, desdeñosa, o capaz de trascender, de los niveles más ramplones y estereotípicos de lo pintoresco y "local".[32] También, y en todo aquello que lo político estuviera implicado, Gallinal entendía que esta toma de conciencia del país a lo largo y a lo ancho — visión, prospecto, juicio— había de realizarse por encima o, mejor, por debajo, de todo fraccionalismo y bandería. Con lo que no sólo mantenía coherencia con el estilo político a que fue fiel (y al que ya he aludido) sino que continuaba el precursor esfuerzo que en 1901 "La tierra charrúa", de Alberto de Herrera, significó.

En guardia estaba entonces Gallinal frente a las previsibles constricciones, las eventuales asfixias de lo nacional. Pero también lo estaba ante esa evanescencia, esa renuncia sin contraprestación de lo que entendía por "cosmopolitismo"; sólo por excepción pareció aceptar el quilate-rey de esas "obras en la apariencia absolutamente extrañas al medio en que surgen (…) que parecen expresión no más del sentimiento de individualidades solitarias" (…) por más que puedan "tener alto valor o como realizaciones formales o por la inquieta curiosidad espiritual de que nacieron",[33] no advirtiendo así el ejemplar valor testimonial que, justamente, esta alienación, este desarraigo, en culturas marginales posee.

Nacionalismo, hispanoamericanismo y universalidad asumen, desde estos supuestos, la condición de círculos crecientemente ampliados de percepción y significado, desechándose, en lo que a los dos primeros tiene referencia, cualquier acepción limitativa, hostil que impidiese acceder al que le sigue, validos, sí, en su calidad de estratos, de escalas que afiancen sólidamente la expansión. El armonismo rodoniano se hace presente aquí pero, asimismo, y muy en especial, la tan predilecta concepción de los "círculos concéntricos" del interés y el afecto humanos que Zorrilla de San Martín, también muy cercano a su persona, expuso en "El sermón de la paz". Asimismo subyace en toda la construcción, parece innecesario decirlo, el típico y

---

[28] Idem. pág. 286.
[29] Idem, pág. 61.
[30] *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, T. 1, Nº 1, Montevideo, 1920, pág. 9.
[31] *Crítica y arte*, págs. 19-24 y 33-34.
[32] *Letras uruguayas*, págs. 189 y 224.
[33] *Crítica y arte*, pág. 22.

deliberado optimismo que el armonismo conlleva y le hace tan poco perceptivo al elemento contradictorio, al ingrediente tensivo que teje la malla de la sociedad y de la historia.

VII

Tal es, en líneas muy someras, el contorno intelectual del hombre cuyos libros recoge parcialmente este volumen en los años más enquiciados y creadores de su existencia. Rezumaba serena fe en el futuro la final recapitulación de su panorama de la literatura uruguaya compuesto en 1930: "Al amparo de una amplia libertad, en medio a una fecunda inquietud republicana, avanzarán las generaciones nuevas hacia la conquista de un ideal de cultura, de democracia y de justicia social que ha de coronar nuestra joven patria con los frutos maduros de la civilización superior. Cada día más posibilidad de expansión para las vocaciones de vida espiritual elevada; cada día más nobles creadores que, en el terreno de la ciencia y del arte, difundan en el universo el prestigio del Uruguay; cada día la paz social asegurada por leyes más reparadoras y justas que acrecienten la riqueza social y la derramen sobre el mayor número, reduciendo el lote de miseria y de dolor inmerecido!"[34]

Elocuencia de centenario, se dirá, y será cierto, pero también índice de un sistema de certidumbres nacionales que entonces alcanzaron su ápice y que irían cediendo más pausadamente al nivel de la representación colectiva de lo que lo hicieron en el orden factual bajo el formidable impacto de los tiempos revueltos que advenían. Y dígase todavía, antes de pasar a otra cosa: una elocuencia que siempre Gallinal, en la palabra escrita, refrenó drásticamente y sólo permite raros atisbos del formidable orador que Gallinal era, uno de los más completos y efectivos de aquellos tiempos, en términos de noble amplitud periódica, impecable sintaxis, calidez comunicativa, tono, desgarbada elegancia.

La crisis política de 1933, el golpe de estado que lo arrojó desde su condición de miembro del Ejecutivo pluripersonal al destierro y la pobreza, representó en su vida esos quiebres decisivos del curso existencial que remueven latencias dormidas, imponen la revisión de las metas personales, enfrentan al hombre a sus fantasmas interiores, derogan hábitos, actitudes y creencias muertas, desvisten el árbol de follaje inútil, como en la parábola final de "Motivos de Proteo", que tanto le gustaba, y lo dejan limpio y dispuesto para el correr de las nuevas savias. El exilio de Buenos Aires, en el que escribió algunas de sus páginas más interesantes, significó de esta manera una etapa de adentramiento interior, como lo testimonia, siempre al modo de pudor privado que cultivó, el final de su artículo "Leyendo una vida de Stalin", publicado en "La Nación" porteña en mayo de 1933 y aun todo el espléndido texto "El libro póstumo de Rodó" que integrará en esta Biblioteca su serie de letras uruguayas.

Volvió más tarde a Montevideo y reconquistó Gallinal su sitial de hombre público. Empero, la marea universal del fascismo, la guerra de España, la guerra mundial II lo marcaron con su impronta de modo tal vez más profundo que a todo el resto de su generación. En "El Uruguay hacia la dictadura" compuso en 1938 el estudio más cabal y serio (por muy embanderado que él pueda parecer e indudablemente sea) del período que precedió al 31 de marzo. El conservadorismo a la inglesa que había representado su línea se abrió con simpatía a la comprensión de conquistas sociales

[34] Suplemento de *El Diario del Plata*, julio de 1930, pág. 233.

semirrevolucionarias y en la revista "Ensayos" estudió ese verdadero armisticio a la guerra de clases que fueron los acuerdos del Hotel Matignon concluidos en la etapa creadora del Frente Popular francés.[35] El hispanismo tradicionalista del período juvenil se borra en él ante la triunfante resurrección de la España Negra y es ahora a Larra, el cristiano-liberal en la tormenta, a quien indagará con lucidez y simpatía. Recordando el interés de Ortega y Gasset hacia 1920 por el artículo "Horas de invierno", de "Fígaro", no evitará anotar que todo aquel mundo, que era, en el tiempo cronológico, pasado inmediato, le resultaba "ya tan lejano, tan inactual".[36] Índice de nuevas presencias interpretativas, en una reelaboración de sus estudios sobre Acuña, realizada para una edición de Claudio García, el único elemento doctrinal nuevo que hay en él es una aguda comparación entre la conciencia de clase de la gran y la pequeña burguesía.[37]

Y así se podría seguir registrando señas de un denso, tumultuoso cambio interior. Palingenesia personal que se traducía en un continente y un gesto desusados que no sería demasiado impreciso definir como un "remotismo inquieto". Así lo conocí, a lo menos, cuando yo iniciaba mi actividad docente y él concluía la suya y el joven ladero de su mesa de examen estaba lejos de suponer que algún día tendría el honor de escribir estas páginas.

CARLOS REAL DE AZÚA.

---

[35] *Las transformaciones de la legislación del trabajo en Francia*, Montevideo, 1937.
[36] *Revista Nacional*, núm. cit., pág. 45.
[37] Francisco Acuña de Figueroa: *Nuevo mosaico poético*, Montevideo, Claudio García y Cía., 1944, págs. IX-X.